En las elecciones de mitad de mandato de anoche, la izquierda demostró que puede ganar

Imprimir

Los votantes demócratas siempre se han alineado con los socialistas en materia de políticas, pero temían que estos representaran un lastre en las elecciones. Los resultados de anoche demostraron finalmente que estaban equivocados.
Los resultados de las elecciones de mitad de mandato de anoche demostraron que los demócratas no tienen por qué temer las propuestas políticas de izquierda, ya que estas pueden ganar. Esto augura un buen panorama para la candidatura de un aspirante de izquierda a la presidencia en 2028. (Sophie Park / Bloomberg vía Getty Images)

La izquierda, durante la era Trump, se ha acostumbrado tanto a mostrarse horrorizada y consternada ante los resultados electorales que aún hoy le cuesta creer del todo el desenlace. Sin embargo, los acontecimientos históricos de anoche ocurrieron realmente: Donald Trump y los republicanos sufrieron un revés histórico por parte de los votantes, otorgando victorias a los demócratas en todos los niveles electorales del país, arrebatando el control de ambas cámaras del Congreso y concediéndoles las mayores mayorías congresionales desde la elección de Barack Obama.

En muchos sentidos, el resultado es simple. En las encuestas previas a las elecciones y en las posteriores, el mensaje de los votantes fue el mismo: creen que la economía está fatal, que los precios son demasiado altos y que están enfadados con Trump, a quien culpan directamente de toda esta situación. Para transmitir este mensaje, los votantes acudieron en masa a las urnas para entregar el poder a un Partido Demócrata por el que, según esas mismas encuestas, sienten muy poco aprecio, llegando incluso a tener una visión más negativa de los demócratas que de Trump.

Se esperaba que los demócratas tomaran la Cámara de Representantes. *No* se esperaba que obtuvieran una mayoría de más de 250 escaños, como indican las estimaciones actuales. Tampoco se esperaba que ganaran la mayoría en el Senado, y mucho menos una mayoría de al menos cincuenta y cuatro escaños. Y no se esperaba que arrebataran escaños tradicionalmente republicanos en todo el país, que expulsaran a los republicanos del control de Texas en casi todos los niveles de poder, ni que ganaran la mayoría de las gobernaciones

del país, logrando victorias y gobiernos absolutos en estados de los que prácticamente habían estado excluidos durante décadas. Obama se refirió a su aplastante derrota en las elecciones de mitad de mandato de 2010 como una “paliza”. Anoche fue una aniquilación.

Esto no solo son buenas noticias para los demócratas. Para la izquierda, que opera dentro de estas mayorías demócratas tanto a nivel estatal como federal, los resultados representan una oportunidad histórica para convertir sus prioridades políticas de palabras en realidad tangible en todo el país, consolidando aún más el poder que ha estado construyendo pacientemente y en silencio durante los últimos diez años .

Eso incluye el ámbito federal. Aunque a Trump le quedan dos años en la Casa Blanca y los demócratas amenazan con ejercer un control férreo sobre el extenso historial de abusos y delitos que ha acumulado durante ese tiempo, existe alguna razón, aunque muy remota, para creer que algo podría lograrse.

Anoche, Trump llamó *a Politico* para dejar claro que estaba dispuesto a colaborar con los demócratas y que no quería “pasarse dos años vetando todo”. La última vez que Trump estuvo en la Casa Blanca con un Congreso demócrata, durante la pandemia, Estados Unidos experimentó la mayor expansión del estado de bienestar en décadas. La maleabilidad ideológica de Trump y el hecho de que actualmente vea su legado como un fracaso histórico ofrecen, al menos, la posibilidad de que surja algo mejor.

Es una oportunidad que la izquierda también podrá aprovechar. La izquierda entrará en este nuevo Congreso con una presencia mucho más formidable que en décadas: al menos siete miembros de los Socialistas Democráticos de América (DSA), lo que crea la oportunidad histórica de formar por primera vez un grupo parlamentario socialista diferenciado y un ” bloque ” progresista similar al Escuadrón que podría tener hasta veinte miembros.

La aplastante mayoría demócrata en la Cámara de Representantes significa que el “Bloque” no tendrá la influencia esperada para bloquear la candidatura del líder demócrata de la Cámara, Hakeem Jeffries, a la presidencia de la Cámara, ni para obstaculizar la legislación al

estilo del Freedom Caucus. Pero sí tendrá influencia. Gran parte de las generosas políticas contra la pandemia de 2020, incluidos los cheques de estímulo de Trump y, posteriormente, de Joe Biden, surgieron de las demandas públicas de miembros socialistas y progresistas del Congreso, que luego se plasmaron en la legislación gracias a su clara necesidad y popularidad.

Esta vez, la izquierda planteará estos argumentos en un mundo donde los socialistas ya han transformado la manera en que incluso los demócratas centristas hablan de política. La obsesión del partido, que duró años, con las "normas" y el rescate de la democracia ha quedado relegada a un segundo plano en favor de la retórica centrada en la asequibilidad y en la lucha contra los multimillonarios, popularizada respectivamente por el alcalde socialista de Nueva York, Zohran Mamdani, y el dúo socialista formado por Sanders y Alexandria Ocasio-Cortez en su gira "Luchando contra la oligarquía".

Igualmente importante es que vivimos en un mundo en el que la izquierda, gracias a una serie de importantes victorias anoche, ha desacreditado por completo los argumentos utilizados para marginar y desestimar su postura fundamental.

Terremoto en Michigan

La victoria de la izquierda anoche fue mayor que la de Abdul El-Sayed en las elecciones al Senado de Michigan contra el republicano Mike Rogers por una abrumadora diferencia de 7 puntos. Fue exactamente el amplio margen con el que el propio El-Sayed había prometido ganar en mayo y desafió las constantes predicciones de que su desempeño sería muy inferior al esperado.

Podría decirse que no hubo una contienda más importante este año que la del escaño en el Senado de ese estado indeciso: para la izquierda, que buscaba demostrar que los progresistas podían postularse y ganar fuera de los bastiones demócratas; para los demócratas corporativos, un sector de los cuales temía perder la capacidad de infundir miedo sobre los candidatos de izquierda supuestamente arriesgados; para el lobby proisraelí,

que temía que el éxito de un mensaje estridentemente propalestino aniquilara su afirmación de que la lealtad ciega a Israel era “buena política”; para Trump y el movimiento MAGA, cuya pérdida de este estado clave podría ser un presagio de una derrota política aún peor.

Abdul El-Sayed la noche de las elecciones. (Jeff Kowalsky / AFP vía Getty Images)

La victoria de El-Sayed lo confirma todo. Representa no solo un fracaso para MAGA, personificado en Mike Rogers, ahora dos veces perdedor y belicista de toda la vida, sino un auténtico desastre para el lobby proisraelí y, en particular, para el Comité de Asuntos Públicos Estadounidense-Israelí (AIPAC), que gastó decenas de millones de dólares durante las primarias y las elecciones generales para derrotar a El-Sayed e intentó por todos los medios difamarlo e infundirle temor entre los votantes, especialmente entre los judíos.

En cambio, tanto las encuestas a pie de urna como los datos de votación indican que El-Sayed ganó cómodamente el voto judío a pesar de la vil campaña islamófoba en su contra. Superó a Kamala Harris en el condado de Oakland, de gran población judía y bastión de su rival en las primarias demócratas, Haley Stevens, quien se humilló al intentar sabotearlo en los últimos días de la contienda.

Para desgracia del lobby proisraelí, hizo todo esto manteniendo una oposición descarada a una mayor ayuda estadounidense a Israel, demostrando inequívocamente que las críticas de la izquierda a la política israelí no solo son compartidas por un amplio número de votantes en los estados clave, sino que también lo son por *los votantes judíos*.

La victoria de El-Sayed no solo representa un fracaso para MAGA, sino también un desastre absoluto para AIPAC, que gastó decenas de millones de dólares en las primarias y las elecciones generales.

Que lo haya logrado es especialmente impresionante dado que, a diferencia de su colega demócrata que se postulaba para gobernador, El-Sayed tuvo que superar no solo una avalancha de gastos millonarios , sino también a miembros de su propio partido que trabajaban sin descanso para sabotearlo, desde el respaldo de último minuto de Stevens a

Rogers hasta el apoyo de la representante Hillary Scholten a una campaña de voto por escrito contra el candidato demócrata en los últimos días.

Los desertores demócratas que se pasaron al Partido Republicano tenían diversos motivos, pero al menos algunos dejaron claro públicamente que esperaban que la derrota de El-Sayed frenara de raíz la creciente oposición demócrata a la ayuda estadounidense a Israel; algo para lo que estaban dispuestos a elegir a un candidato que incluía a auténticos antisemitas en su campaña, así como a fortalecer una administración que se alía con neonazis y supremacistas blancos. En cambio, perdieron y quedaron en ridículo sin conseguir nada.

El-Sayed también se presentó con una plataforma progresista que incluía la atención médica universal y la imposición de impuestos a los ricos, dos ideas que, cuando Bernie Sanders las popularizó en 2016, se consideró demasiado controvertidas para los votantes indecisos y arriesgadas para una campaña electoral. Una década después, estas ideas gozan de un apoyo popular tan extendido que los republicanos ni siquiera se molestaron en atacarlas. En cambio, centraron todos sus esfuerzos en la incitación al odio racial, convirtiendo la etnia árabe y la fe musulmana de El-Sayed en el principal objetivo de sus ataques, en lo que resultó ser una de las campañas electorales más escandalosamente racistas de este siglo, y otro fracaso vergonzoso.

Victorias y derrotas

La victoria de Abdul El Sayed no fue el único punto positivo para la izquierda anoche. También destacó el triunfo de Troy Jackson en Maine, quien logró lo que otros cuatro no consiguieron: desbancar a la aparentemente intocable senadora republicana Susan Collins, con treinta años en el cargo. Si bien Jackson, legislador estatal durante dieciocho años, expresidente del Senado estatal y líder demócrata, distaba mucho de la imagen típica de un insurgente de izquierda, rápidamente consolidó el apoyo socialista y progresista después de que los escándalos personales del excandidato Graham Platner lo obligaran a retirarse de la contienda.

La atención médica universal y los impuestos a los ricos cuentan con un apoyo tan generalizado que los republicanos ni siquiera se molestaron en atacarlos en las elecciones de mitad de mandato, recurriendo en cambio a la islamofobia.

Aunque no era socialista, los auténticos orígenes obreros de Jackson —leñador de quinta generación que entró en política para conseguir derechos de negociación colectiva para sus compañeros carpinteros— y su sólida trayectoria progresista lo acercaron al tipo de candidatos que la izquierda anhela ver en el poder. Al final, Jackson logró la victoria neutralizando la capacidad de Collins para obtener grandes victorias en zonas tradicionalmente demócratas.

La otra gran victoria progresista fue la de James Talarico, quien se convirtió en el primer demócrata en ganar un escaño en Texas en treinta y ocho años, en una histórica victoria demócrata en todo el estado que puso fin a casi tres décadas de gobierno republicano. Talarico no es socialista , a pesar de sus antiguos comentarios que criticaban el capitalismo y que brevemente se convirtieron en tema de campaña, y al igual que El-Sayed, se esforzó por insistir en que era capitalista. Aun así, contó con el apoyo de grupos como More Perfect Union y el Comité de Campaña para el Cambio Progresista, y recibió el respaldo de socialistas prominentes como Hasan Piker , quien afirmó que la izquierda fue “la fuerza que lo apoyó desde el principio” y “le permitió ganar”.

Quizás aún más importante, Talarico basó su campaña en un mensaje de clase que denunciaba a los ” megadonantes multimillonarios ” —uno de los cuales, Elon Musk, despilfarró al menos 47 millones de dólares intentando, sin éxito, derrotarlo— e insistía en que la división política fundamental en Estados Unidos era “de arriba contra abajo”, un mensaje más progresista que el que muchos demócratas defendieron incluso en estados tradicionalmente demócratas. Por lo tanto, su contundente victoria por 12 puntos sobre el envuelto en escándalos Ken Paxton representa un triunfo para el tipo de mensaje populista que la izquierda ha defendido durante mucho tiempo, incluso cuando Talarico hizo cosas como negarse a apoyar Medicare para Todos y rechazar hacer campaña con Bernie Sanders cuando este visitó el estado.

El senador electo demócrata de Maine, Troy Jackson. (Troy Jackson para Maine)

Hablando de Sanders, al momento de escribir esto, diecisiete de los veintiún candidatos respaldados por el senador socialista han ganado sus elecciones, mientras que solo dos han perdido y dos están en contiendas que aún no se han definido. Los respaldos de Sanders fueron menos abiertamente de izquierda que los de organizaciones como DSA o Justice Democrats. Incluyeron candidatos como El-Sayed y Jackson, pero también candidatos más tradicionales como la senadora electa de Minnesota, Peggy Flanagan, quien venció a rivales afines a las corporaciones en sus primarias. Cubrieron todo el espectro, desde candidatos de DSA como Claire Valdez de Nueva York y Melat Kiros de Colorado hasta candidatos como Rebecca Cooke, la candidata menos progresista en sus primarias, pero que logró arrebatar un distrito rural de Wisconsin, tradicionalmente votante de Trump, que durante décadas estuvo representado por un demócrata.

También incluyeron a William Lawrence, cofundador del Movimiento Sunrise, quien logró arrebatar un distrito electoral clave en el estado de Michigan a pesar de tener uno de los currículos más izquierdistas de cualquier candidato demócrata; algo que, al igual que El-Sayed, nos dijeron que lo convertiría en un perdedor seguro. El hecho de que Lawrence abandonara DSA a mitad de campaña y tuviera que distanciarse de antiguos tuits que incluían llamados a nacionalizar la industria de los combustibles fósiles no debería restarle importancia a su victoria. Gracias a una campaña populista progresista que impulsó una moratoria sobre los centros de datos y Medicare para Todos , Lawrence ganó un distrito indeciso que solía pertenecer a la figura emblemática del centrismo demócrata, la exanalista de la CIA Elissa Slotkin.

Incluso algunas de las derrotas fueron sorprendentemente buenas para la izquierda. En Florida, un estado tradicionalmente republicano —donde los republicanos superan en número a los demócratas por 1,5 millones y ningún demócrata ha ganado un cargo estatal desde 2012—, la miembro de la DSA, Angie Nixon, perdió por menos de 3 puntos, un margen similar al de la derrota por 2 puntos del excandidato republicano que los demócratas presentaron para gobernador. Los últimos tres márgenes de derrota demócrata para el Senado en el

estado son de 13, 16, 0,2 y 8 puntos. Y eso después de haber gastado casi cuatro veces más que ellos y no haber recibido ningún tipo de ayuda del Partido Demócrata nacional, que debería estar lamentándose por haber perdido la oportunidad de ganar otro escaño en el Senado que era asequible.

Que un miembro de la DSA pudiera ser competitivo en Florida —el corazón del extremismo cubano de derecha y cuna de Marco Rubio y ahora de dos hijos de Bolsonaro— habría parecido ridículo hace cinco años, o incluso hace cinco *meses*. Que Nixon haya tenido tanto éxito con tan poca ayuda, junto con la victoria de El-Sayed, hará aún más difícil argumentar que la etiqueta socialista es una desventaja electoral inherente.

Esto debería generar una profunda reflexión en la cúpula del Partido Demócrata sobre su decisión de dar por perdida la contienda de antemano. Sin duda, también suscitará debate dentro del movimiento socialista, dado que el resultado de Nixon se basó en parte en distanciarse de posturas polémicas como la desfinanciación de la policía y la abolición de las cárceles. Su buen desempeño, junto con el éxito de otros candidatos de izquierda que moderaron o rechazaron la ortodoxia de la izquierda contemporánea en algunos temas, demuestra las ventajas de que los candidatos de la DSA tengan la flexibilidad de adaptar sus campañas a los electorados locales.

Que una miembro de la DSA como Angie Nixon pudiera ser siquiera competitiva en Florida habría sonado ridículo hace cinco años, o incluso hace cinco *meses*.

La izquierda también sufrió una especie de derrota en Nebraska, donde el independiente Dan Osborn no logró ganar en su segundo intento por un escaño en el Senado en un estado donde un demócrata no ha ganado una elección estatal en veinte años. Osborn, un líder sindical que encabezó una huelga exitosa en 2021 contra Kellogg’s por los recortes de beneficios previstos, fue una especie de prueba de concepto para la izquierda: que, según una investigación del Centro para la Política de la Clase Trabajadora, la manera de ganar en esos estados es presentar candidatos genuinamente de la clase trabajadora con plataformas populistas al margen del Partido Demócrata.

En cierta medida, ambas campañas de Osborn demostraron esto. Los últimos cuatro márgenes de derrota demócrata en las elecciones al Senado de Nebraska fueron de 41, 19, 24 y 16 puntos; en contraste, Osborn ha perdido por un margen similar de un solo dígito, de 7 puntos, en ambas ocasiones. Claramente, si los candidatos que defienden a la clase trabajadora pretenden ganar un estado tradicionalmente republicano como Nebraska, la campaña de Osborn es un ejemplo de cómo lograrlo.

Pero una derrota por un margen estrecho sigue siendo una derrota. A pesar de combinar políticas populistas de izquierda, como el "derecho a reparar", con mensajes centristas en temas como la inmigración —Osborn, por ejemplo, publicó anuncios en los que declaraba su apoyo al muro fronterizo de Trump—, el exlíder sindical no pudo librarse de las acusaciones de ser un demócrata encubierto. Una serie de " escándalos " particularmente perjudiciales lo mostraron en grabaciones criticando el muro fronterizo y otras políticas de Trump, además de usar un lenguaje insultante hacia sus votantes. Sumado a una avalancha de gastos externos dirigidos en su contra, resultó ser un obstáculo insuperable.

Estas derrotas se suman a otros dolorosos reveses para la izquierda, incluida la ajustada derrota de Justin Pearson, respaldado por Justice Democrats, en el noveno distrito de Tennessee, quien parecía capaz de superar la manipulación electoral republicana gracias a un aumento en la participación de los votantes negros.

Los socialistas podrían sentirse alentados por la victoria de Scott Houldieson sobre un candidato respaldado por Trump en el Primer Distrito Senatorial de Indiana, tradicionalmente republicano. Houldieson, un trabajador automotriz sindicalizado que cofundó y lideró la reforma dentro del sindicato United Auto Workers, que culminó con el liderazgo de Shawn Fain , arrebató fácilmente el escaño con una victoria de 14 puntos gracias a una campaña centrada en la asequibilidad. Si bien no contó con el respaldo de la DSA ni fue una contienda estatal, en cierta medida representa una reivindicación del enfoque que la izquierda creía que tendría éxito en Nebraska.

El juego local continúa

Mientras tanto, como de costumbre, los socialistas y progresistas continuaron acumulando cargos electos de forma constante a nivel estatal y local.

Hasta la fecha de redacción de este artículo, DSA ha logrado 130 victorias en diversos ámbitos, desde legislaturas estatales y concejos municipales hasta alcaldías y referéndums, con cuarenta y dos derrotas y cincuenta y ocho contiendas aún por decidir. Si bien Angie Nixon no logró la victoria en su candidatura al Senado, la ambientalista Ashley Herrmann se convirtió en la segunda socialista en ganar un cargo electo en Florida y la primera en ser elegida para su legislatura estatal en más de un siglo, arrebatando un distrito electoral clave que el titular republicano había ganado con el 58 por ciento de los votos dos años antes. Otras victorias socialistas destacadas incluyen la elección de Robert LeVertis Bell a la Cámara de Representantes de Kentucky y la de Mathewos Samson a la Asamblea General de Georgia, lo que, junto con la reelección de Gabriel Sánchez, lo convierte en uno de los dos socialistas en la legislatura estatal.

Resultan particularmente notables varias elecciones a la alcaldía que ya estaban prácticamente decididas tras las primarias. Janeese Lewis George es ahora oficialmente la primera alcaldesa socialista de Washington, D.C., tras ganar gracias a un plan de vivienda asequible que combina reformas de tipo “abundancia” con la ampliación de la regulación de los alquileres. En Providence, Rhode Island, el socialista David Morales también obtuvo una victoria previsible y, junto con un concejo municipal liderado por socialistas, trabajará ahora para aprobar una sólida medida de control de alquileres en la ciudad, azotada por la crisis de la vivienda; una medida que el alcalde en funciones, al que derrotó con éxito en las primarias, había vetado.

Anoche podría ser la primera vez que tanto la izquierda como el establishment demócrata de centro han obtenido victorias históricas al mismo tiempo.

Más compleja es la contienda por la alcaldía de Los Ángeles, donde la concejala socialista Nithya Raman está a punto de desbancar a Karen Bass. La candidatura de Raman generó cierta controversia , ya que recibió el respaldo de la sección local de la DSA a pesar de no

apoyar plenamente el movimiento de Boicot, Desinversión y Sanciones contra Israel y de no haber sido cuestionada al respecto. Esto llevó al Comité Político Nacional de la DSA a casi retirarle el respaldo, un intento que fracasó por un solo voto. Si Raman gana, será la primera candidata en desbancar a una alcaldesa en funciones de Los Ángeles en veintiún años.

Esto se suma a una serie de iniciativas progresistas aprobadas por mayorías de votantes en todo el país: la derrota de una medida para prohibir el aborto en Missouri, la prohibición exitosa del financiamiento opaco en las elecciones de Montana y la desinversión en Israel en Providence, por mencionar algunas. Quizás lo más destacable sea que las iniciativas que restringen la construcción de centros de datos han ganado hasta ahora de forma abrumadora en todo el país, con treinta y ocho votos a favor y uno en contra, y aún quedan ocho por contabilizar, lo que representa una clara reivindicación pública de una postura defendida y popularizada por la izquierda en general.

Lo inteligente es lo correcto

Durante la última década, los socialistas y progresistas a menudo han tenido buenas noches electorales incluso cuando el Partido Demócrata ha sufrido derrotas, y también han tenido malas noches mientras los demócratas celebraban. Anoche podría ser la primera vez que tanto la izquierda como el establishment centrista del partido han obtenido victorias históricas simultáneamente.

En los últimos dos años, la izquierda demostró ser la fuerza más dispuesta a combatir el ataque de la derecha de Trump y a presentar un argumento eficaz —la asequibilidad y la lucha contra la oligarquía— para hacerlo. Anoche, finalmente, quedó demostrado que las políticas y la retórica de la izquierda no representan la desventaja electoral que, según se les ha dicho a los votantes demócratas durante décadas, es la que representan.

Durante décadas, los votantes demócratas se han visto obligados en cada elección a tomar la angustiosa decisión de elegir entre la razón y el corazón. Puede que la izquierda les haya liberado de ese dilema.

Branko Marcetic, redactor de la revista *Jacobin* y autor de *Yesterday's Man: The Case Against Joe Biden*.

Fuente: Revista Jacobin

Foto tomada de: Revista Jacobin